

CARLOS SISÍ



ALMA

Dos ingenieros que desarrollan un sistema de reconocimiento de voz capaz de detectar sonidos de otra realidad.

Una investigadora de lo paranormal que puede ver y oír cosas que no percibe la gente corriente y un periodista interesado en sus trabajos y avances.

Un autor que consigue un éxito mundial con su libro *La puerta*, que habla de experiencias con la tabla ouija.

Y detrás de *La puerta*, seres de otro plano que anhelan devorar las almas de los humanos.

***Alma* nos describe un mundo sin un Más Allá. Todo está aquí, rodeándonos.**

*Para Inma Sisí Cavia,  
que continuó su viaje.*

*Para Ian Zarko Sisí Pérez,  
que acaba de empezarlo.*

*Dos viajeros.  
Dos ALMAs blancas.*

*Nada real puede ser amenazado. Nada irreal existe.*

ELLOS

*El universo empieza a parecerse más a un enorme pensamiento que a una gran máquina. La mente ya no parece ser sólo una intrusa accidental en el reino de la materia, deberíamos quizá venerarla como la creadora y gobernadora de ese reino. Supérenlo, y acepten la irrefutable conclusión. El universo es inmaterial, mental y espiritual.*

SIR JAMES HOPWOOD JEANS

Físico, astrónomo y matemático británico

## Prólogo

(*Del autor*)

Empecé a desear escribir este libro hace mucho mucho tiempo, pero sólo supe que tenía que escribirlo no hace tanto. Un amigo me dijo que ya hablaba de él cuando escribía el segundo tomo de mi saga de Los Caminantes, lo cual nos sitúa, más o menos, en 2010. En 2014 hice algunos esfuerzos tempranos y tímidos, pero se detenían cuando comprendía que no tenía ni el conocimiento ni las vivencias necesarias para afrontarlo. No sabía nada del mundo espiritual que nos rodea, ni de cómo «ven» los médiums, ni del esquema general de cómo funcionan las cosas.

Un día, le comenté a mi editor que quería escribir sobre *fantasmas*, y aunque los dos sabíamos que el tema había sido ampliamente manoseado en literatura y cine (entre otros medios) me puso en contacto con un montón de personas que serían importantísimas para la historia, la mayoría ligadas a ámbitos distintos del que nos ocupa, pero todas de gran éxito profesional. Eran personas *conectadas* o *dotadas* que me contaron sus experiencias personales, me hablaron de sus capacidades y me pidieron que no revelara sus nombres. Esto me daba una gran confianza: ellos no vendían blogs, cursos o libros. De hecho, no les gustaba hablar del

tema porque «la gente pone un muro de rechazo cuando hablas de estas cosas».

Estuve dos años hablando, preguntando, buscando, perdiendo y encontrando. Conocí gente maravillosa (y no puedo enfatizar cuánto), leí mucho, leí demasiado, aprendí y desaprendí, y a medida que comprendía que mi interpretación de la *realidad* había estado marcada e impuesta por convenciones sociales y culturales, atravesé algunos momentos personales íntimos bastante difíciles. Llegó un momento en el que olvidé que el objetivo era escribir un libro. Estaba sumergido en una especie de introspección personal. Los fantasmas, como esa gente conectada me repetía a menudo, no eran sino la parte morbosa de un cuadro mucho más vasto, precioso y complejo.

La novela empezó a nacer, pero no sin esfuerzo. Me costaba construir una historia, manchar todo lo que había aprendido y sentido de ficción lúdica era una especie de sacrilegio que percibía como feo y terrible. Pero llegué a un equilibrio soportable: la parte de ficción sería el atrezo, partes no esenciales que no contaminarían el mensaje implícito. Con ese acuerdo, la historia empezó a correr por sí sola, como un caballo desbocado.

Aun así no fue fácil; había todavía un montón de cosas que no comprendía. Faltaban piezas, iba a ciegas. Sin embargo, como dice a menudo la doctora Chambers en la novela, la información fue apareciendo y encajando en su sitio justo cuando la necesitaba. La sensación era a menudo de eufórica sorpresa: escribía fragmentos desordenados, pero los escribía de todos modos, y observaba como ausente cómo los huecos iban rellenándose de manera natural. Algo curioso. No tardé en descubrir que había estado desparamando la novela en algunos relatos cortos que había escrito esos meses atrás, como si tuviera una idea y un mensaje empujando por salir y no acertara a abrirle la puerta adecuada. Estos relatos vinieron a integrarse en el grueso

de la novela y encajaron como si, en realidad, hubieran sido diseñados para ello. Probablemente, así era.

Un día, las últimas lagunas, misterios y dudas se despejaron. Escribí los últimos capítulos con todo el esmero que me fue posible y terminé. Estaba hecho, por fin. La sensación fue insuperable, y he terminado ya algunas novelas en mi corta carrera como escritor. Ninguna como ésta. Me quedé mirando lo que había hecho, y se sentía... bien. Estaba. Era.

Los primeros lectores cero fueron más que entusiastas. Mucho. Me hicieron pensar que lo había conseguido, que lo había conseguido de veras; que *Alma* escondía un mensaje, una perspectiva, un aprendizaje. Que tenía algo que aportar. A la gente. A quien quisiera asomarse a sus páginas. A ti, probablemente.

Espero que así sea. Me gusta pensar que *Alma* es algo más que una historia de ficción. Tal vez, cuando termines, se te ocurra pensar que se trata, más bien, de un Agujero. O una Puerta.

¿Y sabes qué? Será lo que necesites que sea. Como siempre.

Nos vemos. Seguro :)

CARLOS SISÍ

## I

## ALMA CHAMBERS, ANTES

## 1

*La casa huele a chocolate, y ese aroma suave existe en dos niveles diferentes: uno brota de una olla que burbujea a fuego lento en la cocina, el otro existe sólo como un recuerdo olfativo, un legado de tiempos pasados, de cuando Mary era pequeña. Esa mañana se ha levantado con el recuerdo de su madre, y esa añoranza súbita le ha traído, de manera irremediable, tanto el rastro inaprensible del olor a chocolate casero caliente como una apetencia que nace de algún lugar del corazón. Así, recorre la cocina con una cuchara de madera en la mano, siempre atenta a la olla, mientras canturrea amorosamente viejas nanas infantiles.*

*Aunque el aroma le ha confirmado que está listo porque casa a la perfección con el que tiene dentro, prueba el chocolate; para hacerlo, adelanta los labios como si fuera a dar un beso a la cuchara. No es, desde luego, el sabor excepcional que, lejos de replegarse en los recovecos de la memoria, ha ganado tonalidades y matices con el paso de los años, mil veces decorado por la pérdida, la nostalgia y el cariño; y aunque diferente, sabe todavía delicioso. Es dulce, pero no demasiado, y tiene aquella textura correcta y un deje de amargor de fondo.*



Contenta, deja la cuchara y decide echar un vistazo a la pequeña Alma, que tiene ahora cuarenta días. Es tan pequeña y hermosa, tan suave y tierna, que cuando camina hacia el dormitorio lo hace como dando saltitos. Camina así porque está contenta, y no es sólo por el bebé: vuelve a sentirse joven y saludable después del periplo del embarazo y el parto, y la tarde además es soleada y luminosa, con una temperatura agradable tanto en el interior de la casa como fuera. Piensa que mañana sacará a su bebé a pasear, y buscará un banco al sol para darle el pecho mientras una suave brisa le regala un momento bonito, suyo; se dice que, tal vez, venga cargada del aroma de las mimosas, uno de sus perfumes naturales favoritos.

Alma está tumbada en la cama, rodeada de cojines por si rueda sobre sí misma. No ha ocurrido nunca, pero es un miedo legítimo de una madre primeriza. Cuando se asoma por el marco de la puerta, sin embargo, descubre que el bebé se ha despertado. Está moviendo las piernecitas y los brazos mientras mira al techo de la habitación.

Mary decide acercarse para espiar a la pequeña. Sonríe mientras lo hace, y pasa desapercibida: Alma es demasiado pequeña como para darse cuenta de nada. Y la ve, adorable y suave, soltando pequeños gorgoritos mientras mira a algún punto de la habitación.

Mary siente que se enamora. Le entra una sensación abrumadora en el pecho y deja que crezca y se expanda mientras se embelesa con los ruiditos de espontánea alegría. El sol penetra por la ventana, escurriéndose entre las rendijas de la persiana a medio echar, y baña su cuerpo vestido con un pijamita rosa. Sus dedos minúsculos se mueven como al compás de una música invisible.

Mary, embelesada, permanece unos instantes mirándola, hasta que termina por preguntarse qué le hace tanta gracia. El techo es una superficie blanca sin matices ni texturas, y ni siquiera cuelga de ella una lámpara. Pero Alma mira. Mira y ve, y a ratos se queda callada, atenta, hasta

que explota con una nueva sucesión de pequeños y alborozados gorjeos.

Mary se acerca. No sabe por qué, pero intenta ahora captar la atención de la pequeña. Se tumba a su lado y le pasa la mano por la cabeza, le pone la palma en el pecho y la acuna con suavidad. Le habla con dulzura y le imprime un suave beso en la mejilla, y aunque se admira de su olor dulce y entrañable, su sonrisa desaparece lentamente. Está inquieta. Un poco. Mira al techo desde la posición del bebé y ve... nada. Una superficie tan blanca como insulsa que se extiende hasta donde alcanza la vista.

—¿Qué es, cariño?, ¿eh? —pregunta con voz dulce. Pero su propia voz le resulta extraña y demasiado sonora en la quietud de la habitación, y se calla.

Ahora tiene una sensación rara que crece dentro de ella con lentitud, pero con la determinación de una semilla abriéndose camino por un asfalto agrietado.

Esa mañana se ha levantado pensando en su madre, sí. Pensó en cómo le hubiera gustado conocer a su bebé. Y ahora, con la casa llena del aroma al chocolate que tantas veces le preparó cuando era pequeña, esa sensación rara, ese pensamiento fugaz y casi inconsciente que le acaricia la espalda como si fuera una telaraña, la hace estremecerse.

Se emociona, y decide que no le gusta. Luego coge a su bebé en brazos y se lo lleva a la cocina.

## 2

Alma tiene ahora dos años y juega en su habitación. Es una habitación preciosa: las paredes están revestidas de papel verde con coloridas cenefas de cuadros rojos y amarillos, con formas de animalitos felices que sonríen a cualquiera que se detenga a contemplarlos. Todos los muebles van a juego con esa combinación de colores: el vestidor, la pe-

queña cuna cama, la diminuta mesita de noche y la mecedora. La lámpara que cuelga del techo, con un recubrimiento también verde, termina de darle una tonalidad encantadora a la estancia.

El suelo es un tapiz de cuadros de goma con números y letras gigantes, y sobre él hay varias decenas de muñecos de varias formas, tamaños y materiales. Alma gatea entre ellos entusiasmada.

La niñera la observa. Tiene cuatro años de experiencia trabajando con bebés y decide que la niña está demasiado espabilada para su edad. Utiliza todavía su media lengua para expresarse, pero lo hace con unas entonaciones más propias de un niño mucho más mayor. Tanto es así, que resulta extraño a la vista. Incómodo. Y no le gustan las cosas a las que juega, por añadidura. La niñera está sentada en el suelo de una esquina de la habitación, recogida en sí misma, con una expresión mustia en el rostro, observando y... sintiendo.

Alma coge un muñeco y extiende el brazo como para ofrecérselo a alguien, pero allí no hay nadie. Entonces se queda callada, como escuchando, y luego concluye con una risa entre dientes. Parlotea, mira a algún punto durante periodos prolongados y compone miradas de perplejidad y sonrisas por igual.

No, a la niñera no le gusta.

No son sólo los juegos con algún puñetero amigo invisible, es por cómo se siente, por cómo la hace sentir, o por cómo se siente en esa casa; da lo mismo. Ha estado otras tres veces con anterioridad y acaba de decidir que no necesita tanto el dinero como para volver a su piso sintiéndose acompañada por sombras heladas.

Cuando los padres de Alma llegan a casa, ella les anuncia que no puede volver más. «No, no... estoy perfectamente a gusto —miente ella—. Muchas gracias, es que me ha surgido algo, una complicación médica familiar». Y Mary, aunque sabe que eso no es cierto, le desea buena suerte y

pronta mejoría; luego la deja irse. Esa niñera es la sexta en lo que va de año.

—¿Qué vamos a hacer, Matthew? —le pregunta a su marido.

El padre se encoge de hombros. No entiende por qué alguien podría tener problemas con su hija. Es inteligente y espabilada, y mucho (se dice con énfasis), y cualquiera que piense otra cosa es imbécil.

Va al cuarto de la pequeña y la coge en brazos pensando en abrazarla y besuquearla, y durante los siguientes cinco minutos eso es justo lo que hace.

### 3

Alma cumple cuatro años bajo un precioso sol primaveral. Está radiante, soplando su enorme tarta de chocolate con pequeños pegotes de nata, y Mary sonríe. Hay, sin embargo, una sombra sutil que le empaña la sonrisa y que se denuncia por la tristeza que le enmarca los ojos. Matthew se da cuenta, por eso se acerca por detrás y la abraza con cariño.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Claro —dice ella.

Pero no está bien. Está a mil kilómetros de estar bien.

Al cumpleaños ha venido mucha gente, pero todos son familiares rancios con poco o ningún interés en la pequeña, más ocupados en hacer acto de presencia social que otra cosa. Allí está la tita Penny mirando el reloj y preguntándose cuándo diablos acabará todo, el tío Bob hablando de chanchullos financieros con Ralphie y, por supuesto, la abuela Penélope, sentada en su trono-asiento con la expresión ceñuda y asintiendo, como si alguien le estuviera susurrando al oído. El más joven de los presentes tiene treinta y ocho años. No hay ningún amigo del colegio, ningún hijo

de los vecinos o del parque de juegos donde a veces van los sábados por la mañana; ni ningún amigo con hijos. Todos se han excusado. Alma no es una niña como las demás, y los pequeños no parecen celebrar demasiado su compañía.

Mary se da cuenta. Alma acaba de cumplir tan sólo cuatro años, y no le gusta descubrirse pensando qué es lo que va mal con su hija, o por qué está sola. Son sólo cuatro años, por el amor de Dios. Cuando se dice que debería estar envuelta en risas infantiles y regañando a los niños por meter los dedos en la nata, no puede evitar que una lágrima escape y resbale por su mejilla.

## 4

—Pero cariño —dice Mary, incrédula—, si es crema de calabaza que tanto te gusta.

Alma está sentada en su silla, indeciblemente pequeña. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y parece enfurruñada. Niega con la cabeza cuando oye a su madre. Sus padres, sentados a su alrededor con la mesa dispuesta para un apetecible almuerzo de domingo, están contrariados.

—¿Por qué no comes, cielo? —pregunta su padre—. ¿Por qué estás tan enfadada?

Alma permanece callada todavía unos instantes.

—Sí, quiero comérmelo —dice al fin, pero susurrando, como si fuera un secreto.

—Claro que quieres —asiente el padre—. ¡Si te encanta!

—Pero... no... puedo —responde ella, con la barbilla pegada al pecho y poniendo morritos.

—¿Por qué no?

—Porque... no quiere... —dice, ahora en un tono más fuerte. Sus padres se miran; saben que está enfadada de veras.

—¿Quién no quiere? —pregunta la madre. Sonríe, pero con una arruga de preocupación en la frente, como si adivinara lo que viene a continuación. Y lo que viene es Alma, extendiendo el brazo sobre la mesa y levantando un dedo acusador en franco reproche. Cuando señala la silla vacía, enojada hasta resultar encantadora, dice:

—¡Él!

## 5

Alma no puede creer lo que está viendo.

Es una página en blanco con líneas con puntitos que se supone que debe rellenar formando palotes. Y no es sólo una página: el librito que le han entregado está lleno de ellos. Palotes y círculos.

Mira a la profesora con perplejidad, luego mira el lápiz y de nuevo la página.

Se levanta con cuidado.

—Señorita... —dice.

—¿Sí, cielo? —pregunta la profesora.

—Yo no quiero hacer esto. Yo quiero aprender a leer y a escribir.

La señorita sonríe con indulgencia.

—Para eso es esto, cielo. Empezamos haciendo palotes y círculos para adquirir destreza con la mano, y luego te será más fácil escribir.

—Para aprender a escribir deberíamos escribir, señorita —replica la pequeña.

La señorita no ha abandonado la sonrisa, pero el tono de Alma, como las otras veces, no la convence demasiado. Es repelente. Se dice que sus padres deben de ser elementos muy especiales, por decirlo de algún modo, para haber criado una hija tan arrogante y presuntuosa. ¡Ni siquiera suena como una niña, por el amor de Dios!

—Siéntate, cielo —dice después de pensarlo un poco.

—Pero señorita...

—Siéntate y haz lo que te he dicho.

Alma lo piensa durante un par de segundos, pero después vuelve a sentarse. La señorita, al fin y al cabo, es la señorita. Es lo que le ha explicado su padre. Le ha dicho que sabe un montón de cosas, y lo más importante, que va a enseñárselas a ella. A Alma no le parece que sepa muchas cosas, parece tan atontada como el resto.

Entonces suspira y empieza a escribir.

Un palote.

Otro palote.

Y otro palote.

Cuando ha terminado de completar la línea, mira sus palotes alineados con pulcritud en la línea de puntos y decide que es una tontería. Entonces vuelve a mirar a la señorita, pero ésta está ocupada ahora con otro niño (Víctor, que tiene un serio problema para contener los fluidos nasales en su sitio) y eso la empuja a levantarse de la silla. Algunos niños la miran, pero ella no les presta atención. Alcanza la puerta y escapa al pasillo. Sabe adónde ir a la perfección.

Alma sube la escalera de la escuela con diligencia, y sonríe. La luz del sol entra por el gran ventanal del rellano entre los dos pisos creando grandes parches luminosos, y es como si cada rectángulo de luz fuese una casilla que estuviera adelantando en un complicado juego de la vida. Por fin, avanza por el pasillo y busca una puerta con un número que le guste, y cuando lo encuentra, entra resuelta en la sala.

Es un aula. Los niños que la miran con cierta apatía desde sus pupitres llenos de libros (¡libros de verdad!) son bastante más mayores que ella. Pero Alma sonríe. Ése es, sin duda, su sitio.

—Abajo me aburro —anuncia al joven profesor—. Ven-go a leer y a escribir, de una vez por todas.